

DECLARACIÓN PARA EL SÍNODO DE LAS HERMANAS DE LA CARIDAD DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA.

Nuestra respuesta Sinodal está en concordancia con nuestro espíritu de fundación

Nosotras somos Hermanas de la Caridad de la Bienaventurada Virgen María (BVM's) una congregación religiosa de derecho pontificio, cuya casa madre se encuentra ubicada en Dubuque, Iowa. Nosotras comenzamos en 1833, con cinco mujeres de Dublin bajo el Liderazgo de Mary Frances Clarke las cuales actuaron bajo una misma convicción: "Dios que es amor, nos ha llamado para seguir a Jesucristo". (Constituciones 1). La aspiración de vivir en el camino del amor, las impulsó a cruzar el océano, fundar una nueva comunidad de religiosas y aventurarse más allá de las barreras diocesanas. Llamadas y acompañadas por el poder liberador del amor de Dios, nuestras fundadoras superaron toda clase de obstáculos para vivir como propia la misión de Jesús: "siendo libres y ayudando a otros a gozar de libertad en la seguridad del constante y permanente amor de Dios.(Constitución 10).

Ciento ochenta y nueve años después, durante los meses de Febrero y Marzo de 2022, 143 hermanas BVM y asociadas, se reunieron en persona y vía ZOOM para comprometerse en el proceso del Sínodo propuesto por el Papa Francisco, diseñado por la Conferencia de Mujeres Religiosas (LCWR), y adaptado por las BVMs. Inspiradas por nuestro espíritu fundador de un amor liberador en constante crecimiento, EL TEMA PREDOMINANTE DE FONDO QUE SE TEJÍA EN TODAS LAS SESIONES DE CONVERSACIÓN FUE EL DE LA INCLUSIÓN. Nosotras abordamos el tema de inclusión a través de tres perspectivas interrelacionadas: MISIÓN, ESTRUCTURA Y TEOLOGÍA. En el intercambio de nuestras experiencias, nosotros corroboramos una y otra vez el anhelo por una iglesia que sea expansiva, acogedora la cual nos comprometimos a crear.

MISIÓN

Nosotras apoyamos una iglesia cuya comunidad inclusiva vive en su misión de promover el amor liberador de Dios y genera comunión en el mundo.

La iglesia que declaramos está unificada por el mensaje comunal y acogedor de Jesús de dar a conocer a todos el amor incondicional de Dios. Esta es una iglesia que prioriza la expansión de la misión sobre la preservación del poder. Tales comunidades de amor incondicional se originan dentro de las comunidades locales: la forma de convocarse o juntarse y especialmente la forma en que oran juntas. La oración es realmente comunal, Incluyente en el idioma, diversa en la forma. Su participación es reconocida, respetada e Intencionalmente buscada. Los rituales están abiertos a una diversidad de expresiones culturales. Los líderes, participantes y el contenido de la oración reflejan la gran diversidad del pueblo de Dios tanto en género y edad; identidad sexual y etnicidad. La iglesia que afirmamos busca específica e intencionalmente a los adultos jóvenes quienes ayudarán a dar forma a la Iglesia del futuro.

Nosotras valoramos la formación de comunidades que realzan la formación de pequeños grupos de reflexión de fe. Dichos grupos priorizan ritos de inclusión, llevándonos así a tomar acción y cuidado del ambiente y de todos los seres humanos. La Iglesia que declaramos honra momentos de Eucaristía donde Dios es reconocido y encontrado en actos de justicia y en relación con todos los humanos, no una Iglesia con rituales y fórmulas rígidas. La iglesia que afirmamos remueve barreras creadas por declaraciones sexistas y una visión distorsionada en lo que se refiere a asuntos de los derechos pro-vida. Esta iglesia se caracteriza principalmente por acciones que ayudan a construir el Reino de Dios en lugar de preservar la estructura y el estatus clerical.

Nuestra visión para la iglesia del siglo XXI incluye el moverse de una visión en asuntos internos a una visión de misión reflexiva del amor liberador de Dios. Queremos una iglesia centrada en la justicia y en el servicio a los demás. En una iglesia clericalmente centrada hay una regresión hacia una iglesia “decorativa” ó “ceremonial”, en vez de una iglesia que en el mundo esté comprometida a caminar con la gente y a trabajar por la justicia. No siempre los obispos y sacerdotes están dispuestos a llegarse hasta la gente que sirven. Este hecho coharta su habilidad de enseñar y predicar al pueblo. Por lo general, ellos no creen que deben rendir cuentas a nadie. En los Estados Unidos pocos obispos predicán sobre asuntos sociales urgentes, a pesar de que el Papa Francisco les ha dado grandes ejemplos para hacerlo. Por otro lado nosotras estamos muy preocupadas por el nivel de oposición que el papa y algunos obispos con ideas de reformas enfrentan. El otro asunto en el que los obispos Sí opinan es el aborto, el cual no puede ser comprendido si no es dentro de otros contextos sociales. Temas de Justicia Social y de bien común necesitan ser tratadas con la gente, incluídos el racismo, la homofobia, el aborto, el cuidado de la naturaleza, el tráfico humano y la pena de muerte. Nosotras somos partidarias de una Iglesia que promueve los derechos humanos y se resiste a las divisiones de “guerras culturales”.

Gracias a los avances de la ciencias humanas y biológicas, nosotros estamos informadas sobre el impacto del cambio climático, la importancia de la justicia de la conservación del ambiente, el daño causado por el racismo, el entendimiento en proceso de cómo nuestros cuerpos se desarrollan, dándonos una mejor idea de lo que es el género. Yendo más allá de la prédica, la Comunidad Católica necesita actuar, unirse en una forma determinada de ministerio; por ejemplo, dando de comer al hambriento. El cambio climático es la crisis existencial de la tierra. Nosotros afirmamos los esfuerzos de La Acción de la plataforma de Laudato Sí, el resultado del Sínodo sin duda lo incluirá como prioridad. . Estas iniciativas de carácter mundial requerirán colaboración, visión enfocada, y atención al cambio sistemático que será necesario para una solución duradera.

ESTRUCTURA

Nosotras afirmamos una Iglesia que es una comunidad auténtica conformada colaborativamente por los dones de ministerios de todos, especialmente aquellos de las mujeres.

La Iglesia que afirmamos o apoyamos se parece a la Iglesia de los primeros tiempos descrita en los Hechos de los Apóstoles: hombres y mujeres convocados por su comunidad para liderar en todos los aspectos de la vida comunitaria, por ejemplo, oración, predicación, adoración, y el acercamiento a los más necesitados. En la creencia de que todos los dones del Espíritu son derramados sobre mujeres y hombres por igual, esta Iglesia da la bienvenida a todas las mujeres para el desempeño de todos los roles de servicio, incluyendo ministras del diaconado, sacerdotisas y obispos. Siendo conscientes de que la gente es la iglesia y no los asistentes del clero; la Iglesia que afirmamos desplaza a los sacerdotes de su pedestal y los reubica viviendo con la gente. Esta es una Iglesia que comprende valores, e implementa liderazgo de grupo; empodera a la gente para que defina qué necesita hacerse localmente, se engrandece con pequeños grupos, y escoge la opción del diálogo como una forma de evitar la polarización. La iglesia que afirmamos es una comunidad donde todos tienen voz. Todos, incluyendo sus líderes son llamados a dar cuentas en un diálogo mutuo, exponiendo su verdad honestamente; escuchando profundamente, y llevando hacia adelante el ímpetu del Espíritu activo entre ellos.

Nosotras afirmamos una Iglesia que ha superado las estructuras compuestas por un elitismo del clericalismo y la exclusividad del patriarcado, cambiándolas por una estructura diseñada por la generosidad del Espíritu vivo en todos nosotros. Esta estructura debe abrazar a todos aquellos que han sido excluidos: (mujeres, personas LGBTQ, sacerdotes casados, etc.) para que ejerzan ministerios formales y con el mismo nivel de autoridad en la toma de decisiones. El liderazgo dentro de las varias comunidades que conforman la Iglesia debe estar compuesto por aquellos que están siendo servidos: desde las bases hacia arriba y no de arriba hacia las bases. El clericalismo y el patriarcado reduce la acción del Espíritu en el ministerio de hombres ordenados al sacerdocio. El patriarcado debe ser denunciado por lo que es: dominación, un sistema de casta con una jerarquía de hombres por encima de todos los demás. Esto es un pecado. No es una relación sana o correcta.

La Iglesia del futuro debe reinventar la espiritualidad de los sacramentos, especialmente la de Órdenes Sagradas y cómo ésta contribuye al desarrollo del elitismo. El estilo del liderazgo del pastor y la relación de los fieles con su pastor, afecta la comunidad. La postura del pastor hacia la comunidad puede ser incluyente o dominante. Nosotras describimos parroquias donde hemos trabajado en las que el pastor ha tenido una política de liderazgo incluyente. El problema es que las cosas en la parroquia pueden cambiar de un momento a otro y nos encontramos con un nuevo pastor que nos es colaborador y puede revertir todo a un modelo jerárquico, lo cual es desconsolador para todos los parroquianos. Muchos pastores tienen una actitud de suficiencia de su rol y toman una postura de poder. Los pastores van y vienen, en cambio los parroquianos permanecen en su parroquia casi que por el resto de sus vidas. De quién es pues la Iglesia? Necesita la iglesia local un sacerdote o pastor ordenado?

La Iglesia está en extrema necesidad del liderazgo y espiritualidad femeninas. Las mujeres están excluidas de roles que suponen un liderazgo significativo. Tenemos la experiencia de mujeres en algunas diócesis a las que les fueron dadas responsabilidades de parroquias donde no había ministros ordenados; la gente se volcó para escuchar sus prédicas y ministerios. Dicha práctica fue suspendida porque representaba una amenaza para algunos sacerdotes. Muchas mujeres experimentan el llamado de Dios tan fuerte como los varones. Las mujeres realizan una gran porción del trabajo de la Iglesia y, sin embargo, no son tratadas como iguales con los hombres. Muchas veces la inteligencia y sabiduría de las mujeres se devalúa y minimiza para favorecer al clero y la preservación del poder.

Las mujeres que trabajan en la Iglesia con mucha frecuencia están enfocadas en programas de inclusión con muchos grupos. Ejemplo: personas con discapacidades, personas que han dejado la Iglesia, asociaciones locales que trabajan por el diálogo ecuménico, estudiantes de secundaria que se están formando para el ministerio de lector y de la Eucaristía, educación de grupos que trabajan por la justicia social enseñándoles a actuar, etc. Sin embargo, las mujeres no son invitadas a formar parte donde se toman las decisiones. Valora la Iglesia a las mujeres? Niñas y mujeres son todavía marginadas. Esto debe cambiar. La Ordenación Sacerdotal debe estar abierta también para las mujeres y para los hombres casados. No tenemos una crisis de "vocaciones"; tenemos una crisis por no reconocer las vocaciones.

Queremos que se escuchen nuestras voces. Las mujeres tenemos que ser consideradas como iguales en la Iglesia. Hay muchos ejemplos de mujeres ejerciendo el ministerio en otras comunidades cristianas y son vistas como igual a los ministros varones. Por que a las esposas de los diáconos se les obliga a asistir a las clases con ellos y sin embargo no pueden acceder al diaconado? Los líderes de la Iglesia deben de tomar muy en serio las experiencias de las mujeres las cuales están expresadas valientemente en organizaciones como, Leadership Conference of Women Religious (LCWR) y en la respuesta de nuestro Sínodo.

Muchas mujeres están profundamente escépticas acerca del Sínodo. Algunas hermanas y Asociadas de la comunidad BVM no han respondido a la invitación para participar en este Sínodo. Se preguntan: Nos llevará este proceso a alguna parte? Nuestro historial de abandono y engaño de ser escuchadas ha agotado nuestra esperanza al punto de que la participación se siente como una confabulación del injusto sistema eclesial. La jerarquía se encuentra al momento decidiendo ya qué puntos se tratarán en cada una de sus parroquias y qué puntos no se tratarán. Algunas parroquias ni siquiera han iniciado el proceso para el Sínodo. Nuevamente, todo parece depender del Obispo. Nosotras deseamos que el Obispo realmente escuche en este proceso y queremos que ellos verbalicen sus esperanzas y sueños. Profunda y urgentemente, preguntamos: Puede la ordenación de mujeres ser un tema tratado en el Sínodo? Y, desean las mujeres ser sacerdotisas en la iglesia de hoy?

(página 4)

Qué Iglesia tan maravillosa sería cuando todos mutuamente compartiéramos nuestros dones como ministros ordenados, cuando todos fuéramos invitados a la mesa, cuando no hubiera divisiones basadas en raza, nacionalidad, género identidad sexual, etc. El Espíritu nos está llamando a hacer cosas diferentes: más sencillas, inclusivas; empoderando a la gente de la iglesia mientras ellos y ellas se ocupan de definir lo que necesita ser realizado localmente. Permitamos que “Renueva mi iglesia” provea la oportunidad de crear un nuevo esquema: equipos de liderazgo, donde el sacerdote sea el que preside la liturgia y sea parte del equipo de líderes o emprendedores que toman decisiones financieras, educativas, culturales y decisiones espirituales y litúrgicas de cómo ser Iglesia en la comunidad local. Un modelo no jerárquico de liderazgo, el cual comprende parroquias vibrantes y donde la gente ora y sirve con un sentido de pertenencia y responsabilidad.

Es de suma importancia que un fuerte espíritu comunitario sea acrecentado en nuestras parroquias. Las comunidades parroquiales son lugares donde vemos a la Iglesia vibrar y emocionarse, mientras la gente ora, sirve y forma comunidad, el uno con el otro. El entusiasmo se lo encuentra con mayor frecuencia en grupos informales o comunidades pequeñas más que en la parroquia en general. Nosotras nos sentimos fortalecidas por la riqueza cultural de la Iglesia local y global donde estas prácticas florecen y son permitidas. La gente quiere sentir que son una parte esencial de la parroquia. Por ejemplo en una convivencia de fin de semana de “Christian Experience Weekend (CEV) las personas conocen a otros parroquianos, llegan a entablar amistad, y ven los efectos de la fe en sus vidas a través de sus alegrías y tristezas.

Sirviendo y trabajando en los comités parroquiales es otra manera de comprometerse y conocer la comunidad parroquial. Conocer gente es clave para sentirse bienvenido. Cuando pensamos en las conexiones personales que tenemos o hemos tenido en la parroquia, comprendemos lo mucho que hemos compartido y aprendido de ellas, y hemos sido inspirados por la Gente de Dios. Este sentimiento de alegría y bienestar sin embargo no es visible en todas las parroquias. Comparado con los tiempos de renovación luego del Concilio Vaticano II, muchas parroquias parecen muertas, lo cual destruye la esperanza de aquellos tiempos e incluso muchos de esos logros han sido revertidos.

Nosotras tenemos la visión de una Iglesia cuya estructura comunitaria se desarrolle en base al diálogo, donde todas las voces sean escuchadas. Ésta incluye a las mujeres, personas casadas y divorciadas, miembros del LGBTQ, por mencionar unos pocos. Crear comunidad es lo más importante, sentirse parte de la comunidad para compartir alegrías y lágrimas. Si nosotros conversamos con el otro, si lo llegamos a conocer, estaremos mejor preparados para dialogar. Aunque no estemos de acuerdo, podemos dialogar. Necesitamos conectarnos el uno con el otro. Tenemos que compartir lo bueno y lo malo sin juzgar. Es muy fácil no escuchar cuando estamos en desacuerdo, o pensar en nuestra

(página 5)

refutación en vez de realmente escuchar con atención. Todos nosotros de manera Especial obispos y clérigos deben acoger a la gente para escucharlos, ejerciendo la servidumbre o servicio en la escucha atenta a los demás.

Todos necesitamos tener la valentía de movernos del anonimato de la marginalidad a la visibilidad en el centro de la comunidad, hacer escuchar nuestras voces, llegarlos a los otros e invitarlos a nuestra comunidad de iglesia. La práctica del diálogo es esencial en nuestra Iglesia donde las “guerras culturales” y la polarización crean división y discordia en la forma en que la Iglesia está presente para el mundo. La polarización de la Iglesia es espejo de la polarización en los Estados Unidos y este problema debe ser abordado. Necesitamos preguntarnos realmente: En qué se ha convertido la Iglesia? Es acaso la voz de los donantes millonarios?

Algunas de nosotras se pregunta: Para qué existen los “Comités” si muchos de ellos no son tomados en cuenta por parte de sus pastores? Qué puestos están disponibles en los Directorios parroquiales? Están los pobres, los abandonados, inmigrantes y minorías representados en ellos? Si no lo están, ¿cómo sus líderes obtienen información de estos grupos, los cuales viven una realidad totalmente diferente a la mayoría de los parroquianos, o no son bienvenidos en la parroquia?

Lo que sabemos y profesamos es que somos una comunidad de Iglesia en peregrinaje que celebra junta, que recordamos que participamos no para nuestro propio engrandecimiento, pero por el bien común, y que damos la bienvenida a todos los que quieran acercarse a nuestra mesa, aunque se nos llame la atención por hacerlo de esta manera, o cuando nuestros pastores son cambiados por no seguir los procedimientos de las altas autoridades jerárquicas. Todos nos sentimos más felices cuando a los parroquianos se los toma en cuenta en la toma de decisiones. Un sentimiento de pertenencia y la inversión de tiempo y talento son los frutos de sentirse parte del proceso en la toma de decisiones.

La Iglesia parroquial es una comunidad. Ella permanece unida porque existe un interés común, una conexión personal con otros alrededor de ella. Viendo a la gente vivir los valores del Evangelio es la señal de una buena parroquia.

TEOLOGIA

Nosotras proclamamos una Iglesia teológicamente animada por la vida y el ejemplo de Jesús y la acción permanente del Espíritu.

La Iglesia que proclamamos se ha cambiado de una teología de “forma” pasada, a otra de acompañamiento, la cual nos convoca a permanecer abiertos y acogiendo a todos, de manera especial a los pobres y marginados. Basados en la historia de Jesús en lugar de en dogma y leyes, esta teología está centrada en compasión y misericordia. Ésta es humana, reconociendo la dignidad de cada ser humano, sin trazar líneas entre los “merecedores” y (página 6)

los “no merecedores”. Reconociendo que el Espíritu nos está pidiendo crecer y madurar en nuestra fe; esta iglesia nos anima a desarrollarnos espiritual, intelectual y moralmente. Los jóvenes que han dejado la religión institucional encontrarían sentido en una Iglesia conformada por los principios teológicos del Vaticano II y la historia del universo, abierta a la nueva cosmología, los avances de la ciencia, y las necesidades emergentes de nuestro tiempo.

Lo que experimentamos hoy en día es una iglesia disonante, una iglesia con estructura y valores de la época medieval que pone énfasis en el pecado, no en lo que Jesús predicó: una comunidad de amor que reconoce la santidad de toda la creación. Hay un rígido apego al pasado lo cual hace de la Iglesia más y más irrelevante, especialmente para los jóvenes, pero no sólo a ellos. Nuestra propia experiencia de Iglesia permanece con nosotros: inequidades, memorias de abuso, anulaciones fracasadas, clausura de parroquias. El énfasis en mantener sin cambio doctrinas o la preservación de estructuras creadas para otros tiempos evitan la respuesta arriesgada al soplo o movimiento del Espíritu en este tiempo. Hubo un gran entusiasmo de cambio después del Vaticano II el cual parece haberse perdido. Pareciera como que hemos sufrido un retroceso de todo aquello que se alcanzó en el Vaticano II. Ya no nos encontramos peregrinando juntos.

Hay una distancia entre nuestra experiencia de Iglesia y el Evangelio de Jesús. El Espíritu está actuando, y sin embargo, en muchas maneras nosotros como Iglesia somos lentos para responder. La gente que ocupan las bancas de la iglesia y sus comunidades son lo primero que todo “la Iglesia”. Sin embargo, también lo son aquellos que han dejado las bancas para buscar otras comunidades de fe porque no se sienten bienvenidos o alimentados espiritualmente en la Iglesia Católica. Ellos abandonan la iglesia no sin dejar de experimentar un gran sentido de pérdida, pero sintiendo que tienen muy poca oportunidad de construir su bienestar espiritual. Nosotros necesitamos en este tiempo su sabiduría y dones también. Nosotras también experimentamos este sentimiento de pérdida y orfandad cuando nuestras experiencias de las liturgias o las acciones de la jerarquía no reflejan nuestro profundo sentido de quién es Dios, o con quién debemos estar para sentirnos en la Iglesia, imágenes de Dios que antes fueron llenas de significado, o lo que antes aceptamos sin ninguna crítica ya no nos llama ni convoca.

Todo lo expresado requiere una educación diferente, para poder caminar de una forma colaborativa. Necesitamos educación continua para todos los clérigos y laicos en áreas que incluyen teología moral contemporánea, estudio de las Escrituras, de sexualidad como un don de Dios y vías prácticas para comprometerse en la misión de reflejar y promover el amor liberador de Dios para toda su creación. Una espiritualidad basada en una formación teológica del Vaticano II y estudios de ecumenismo para todos los ministerios es esencial para transformar la Iglesia de hoy.

Tenemos una seria preocupación acerca de la educación impartida en los seminarios. El pensamiento y las prácticas se acercan mucho hacia la adoración, costumbres y maneras (página 7)

de la época pre-Vaticano II. Hay una brecha entre la teología enseñada en nuestras universidades católicas y lo que se enseña en muchos seminarios. ¿Cuál es el proceso que se sigue para la ordenación? ¿Quién decide dónde deben educarse los candidatos al sacerdocio? ¿Cómo están siendo evaluados los seminarios? El obispo Untender opina que cada comité parroquial debe preguntarse, “¿Cómo afecta lo que nosotros decidimos a los más vulnerables en nuestra parroquia y en el mundo?”. La preparación de los seminarios debe animar a los seminaristas a que examinen lo que Jesús dijo, luego que contemplen a cada una de las leyes o normas que la Iglesia dice que la gente debe cumplir. ¿Es compatible con lo que Jesús dijo? Si no lo es, debe considerar, “¿por qué tenemos esta ley?”. ¿De quién es esta tradición? ¿Es buena para la realidad de hoy?

A pesar de que el Papa Francisco ha denunciado el clericalismo con frecuencia, los seminarios parecen poner énfasis en el clericalismo. Los sacerdotes por lo general “son apartados” y están educados en un medio que no tiene contacto con los laicos no ordenados y con quienes compartirán en comunidad y ministerio. Siendo conscientes de que una cultura no sana de clericalismo ha llevado a crear un ambiente de abuso de poder y títulos, nosotros urgimos a la Iglesia para que se reimagine o reestructure el entrenamiento de los seminaristas, poniendo énfasis en la actitud de servicio y de profunda escucha hacia la variedad de voces de la gente de Dios.

Confirmando la Iglesia que deseamos, nos comprometemos a ser modelos y testigos de una iglesia liberadora en el amor de Dios.

Reconociendo y aceptando nuestra responsabilidad de elevar nuestra voz en palabra y acción por una nueva Iglesia, nosotros, hermanas BVM y asociados nos comprometemos a colaborar con otros para un cambio en el sistema. “Por nuestro trabajo, en unión con Cristo, participamos en su acción creadora y redentora, transformando la tierra y promoviendo el Reino de Dios” (Constitución BVM 11). Nos unimos a las palabras del Papa Francisco de esperanza por la transformación de la Iglesia cuando expresa, “Dios es un Dios de sorpresas!...Y cuando uno está en una peregrinación, siempre encontramos cosas nuevas, cosas que uno no conoce”. (Dios de las Sorpresas, Oct. 2014) Que eso sea verdad para esta peregrinación Sinodal.

(página 8)

Abril 25, 2022